

Hija de ramera
Maguncia, 1330-1347

I

La cortina de lluvia se alzó como un muro ante Rachel cuando esta abandonó la casa de la familia Metz. Cansada y abatida se cubrió la cabeza con la capucha del manto de lana, que no la protegería mucho tiempo del diluvio que azotaba esa tarde de otoño el barrio judío de Maguncia. Rachel salió a la humedad y la oscuridad y añoró la estancia caldeada, iluminada por el hogar, de la parturienta que acababa de dejar. Sin embargo, ese día no le sería dado pasar una tarde apacible y seca en una de las primeras casas burguesas de la ciudad. Nada más bañar y acostar en la cuna a Ezekiel, el recién nacido, en la casa de los Metz se presentó una moza de cocina apocada y calada hasta los huesos.

—¿Sigue aquí la partera? Es urgente, mi señora está con dolores. El señor, la cocinera y yo tenemos mucho miedo de que muera. Aunque la mora dice que no va a morir, pero esa siempre cree saberlo todo... —La chica pronunció las palabras con aire vacilante, cogiendo aire a duras penas entremedias.

—Más despacio, más despacio. —Judith, el ama, le ofreció a la muchacha un paño para que pudiera secarse. Esta debía de haber salido de la casa a tontas y a locas y sin ninguna prenda que la protegiese de la lluvia. La cofia se asentaba en el crespo cabello castaño ladeada y triste como un pájaro mojado—. La muerte no llega tan deprisa. Y ahora cuéntenos con calma lo que ha pasado y quién te envía.

Rachel, no obstante, ya lo sabía. En cuanto la chica mencionó a «la mora», ella tuvo claro que quien estaba con dolores era Sarah von Speyer. A la postre, en Maguncia solo había una familia judía que contara con una criada árabe: el mercader Benjamin Ben Juda von Speyer había comprado hacía algunos años a la esclava mora en Toledo, una transacción que estuvo precedida de un gran escándalo

en la ciudad episcopal. Rachel no sabía a ciencia cierta la causa, pero la mora, cuyo nombre era Al Shifa, al parecer había escapado por los pelos de la hoguera, y desde entonces servía en casa de los Speyer. Se había granjeado el respeto de Rachel al asistir a Sarah con suma pericia en el último alumbramiento. En aquella ocasión, a la propia Rachel la había retenido otra parturienta y llegó justo a tiempo de ver cómo se desenvolvía Al Shifa. Mientras las otras mujeres de la casa rodeaban desvalidas a un niño que se ahogaba, la mora lo liberó diestramente de la mucosidad que le obstruía la garganta, le insufló aire en los pulmones y finalmente logró que respirara.

Desde entonces Rachel se preguntaba a menudo si eso mismo sería sido posible con los medios que ella empleaba. En cualquier caso, confiaba ciegamente en el criterio de Al Shifa. Sin lugar a dudas, su valoración del estado en que se encontraba Sarah von Speyer era acertada. Sin embargo, aunque la vida de esta no corriera peligro, para Rachel la noticia significaba más horas de arduo trabajo. Naturalmente asistiría a Sarah y, por ello, esa noche apenas vería su propia cama. Y si seguía lloviendo así, para colmo estaría empapada antes de que llegara a casa de los Speyer.

Rachel suspiró hondo mientras luchaba contra el frío y la humedad. Tras una breve reflexión escogió el camino más corto, aunque también fuese el más peligroso, para llegar a la casa de los Speyer, en el Schulgasse. De noche prefería ir por calles más amplias y concurridas, pues temía las tortuosas callejuelas del barrio que rodeaba la sinagoga. Entre los pequeños negocios y las viviendas, en las que habitaban tanto familias judías como algunos ciudadanos cristianos menos acaudalados, había dos tabernas de mala fama que solían atraer a gentes de la peor calaña. Con toda probabilidad los alguaciles tendrían más vigilados esos tugurios de no hallarse precisamente en la judería. Estaba claro que a la ronda no le preocupaba gran cosa la seguridad de los ciudadanos judíos. Culpa suya si un hombre con la bolsa a rebosar o incluso una mujer desvalida se encontraba a destiempo en los alrededores del Blauen Bären* o del Guldene Rad*.

* Osos azules. (*N. de la T.*)

* Rueda Áurea. (*N. de la T.*)

Rachel, cuyo oficio la obligaba a recorrer las calles también por la noche, se preguntó por enésima vez por qué Maguncia no contaba con un barrio judío cerrado, como la mayoría de las ciudades. A veces le habría gustado verse rodeada de muros protectores, aunque desde luego sabía que, en caso de duda, no había salvaguarda que valiera para los de su fe. Cuando se declaraba una epidemia, cuando se acumulaban las malas cosechas o se propagaba un incendio, a la gente le gustaba culpar a los judíos. Y si la turba cristiana irrumpía en la judería, los muros constituían más bien una traba para los supervivientes, puesto que les imposibilitaban la huida.

Rachel se preparó para enfrentarse a la peste a cerveza barata y lechón asado que habitualmente salía a esa hora, sobre todo del *Göldene Rad*, y hería la pituitaria de los creyentes vecinos, a pesar de que en ese momento y en una noche tan fría y húmeda no debía de reinar demasiada actividad. Hasta la gente de mala ralea que acostumbraba a deambular por la zona se arracimaba ese día en los rincones oscuros de antros de mala muerte. Así y todo, Rachel había dejado el salario en casa de los Metz por si acaso. Por su vida y su honor no temía tanto. Al fin y al cabo ya no era joven, y guapa no lo había sido nunca. ¡Y la carne costaba poco en las inmediaciones del *Göldene Rad*! El patrón vendía a rameritas jóvenes por poco dinero y, por si eso no bastara, en las callejuelas que rodeaban las tabernas solían haraganear algunas muchachas desesperadas con la intención de ganarse unas monedas de cobre por su cuenta.

En efecto, esa noche las callejas aledañas a la taberna estaban desiertas, aunque dentro reinaba una actividad febril. Se oían el tintineo de los vasos y canciones obscenas. Asqueada, Rachel se ciñó más la esclavina en torno al cuerpo y procuró pasar por delante a toda prisa. Pero entonces a su oído experto llegaron gritos de mujer. Entre las voces y el ruido que salía del tugurio los gritos apenas resultaban perceptibles. ¿Estarían forzando dentro a una muchacha? Rachel se obligó a continuar. Si sus sospechas eran fundadas, de todas formas no podría ayudar a la pobre chica. Alzó una plegaria apresurada.

Sin embargo, cuando llegó al pasaje que conducía al corral de la taberna, los gritos cobraron intensidad. Y no procedían del tugurio, sino del corral de detrás. Rachel asió el cuchillito que siempre

llevaba consigo cuando atravesaba esa parte del barrio. Era una mujer corajuda y, aunque se arriesgara a acabar en la horca si algún día enviaba a un bribón cristiano ante su Supremo Hacedor, no se rendiría sin presentar batalla. Y no podía abandonar a su suerte a esa muchacha sin convencerse al menos de lo que pasaba. Tal vez solo fuese una ramera que gritaba en pleno ejercicio de su profesión, pero también podía tratarse de una pobre chica judía. Para los hombres eso supondría una tentación adicional, ya que en ese caso la muchacha sin duda aún sería virgen, y su deshonor apenas merecería castigo por parte de los alguaciles. Ciertamente sobre el papel los judíos gozaban de la protección del arzobispo, pero, cuando la queja quisiera llegar a tan alta instancia, probablemente la fechoría hubiese prescrito.

Rachel entró con resolución en el corral que se abría tras la taberna. Allí se hallaba el pozo negro, que desprendía un hedor atroz y competía con los desperdicios que se amontonaban en otro rincón del lugar. Unos gatos callejeros que se habían dado un festín con los despojos medio podridos se desbandaron de prisa. Pero también había una cuadra, y Rachel no tardó en percatarse de que los gritos de la muchacha salían de ese cobertizo. Cada vez eran más débiles, aunque también más prolongados y lastimeros, y Rachel, partera experta, concibió una sospecha: esa mujer no se defendía de ningún agresor masculino. Si sus gritos de dolor se debían a una violación, la fechoría se había cometido hacía nueve meses.

Rachel siguió los gritos, que se veían interrumpidos por gemidos y llanto, y al poco oyó otras voces de mujer.

—¡Tanta sangre! No puede ser, Annchen, algo va mal... y además ya debería verse el niño. Pero ella no hace más que empujar y empujar y nada.

—¡Qué sabrás tú, Lene! Los únicos niños que han salido de tu cuerpo te los sacó el de los abortos. —El miedo que reflejaba la voz, todavía joven, desmentía las duras palabras elegidas.

Rachel vio a las que hablaban: dos muchachas que habían encendido una sucia lámpara de aceite en el rincón más apartado de la cuadra, a esas horas vacía, y se hallaban inclinadas a la turbia y mortecina luz sobre una mujer quejumbrosa y delicada que a todas luces estaba con dolores. Una de las inquietas ayudantes era rubicunda y espigada; la otra, regordeta y castaña.

–¡Se muere, Annchen! –musitó la rubia–. Dios se apiade de su alma. Válgame Dios, ¿no podría venir un cura...?

–Los curas no entran en una casa de trato, Lenchen, tonta. –La voz de Anna ahora sonaba indulgente. Parecía tener más experiencia en la mala vida que la larguirucha Lene.

–Puede que baste con una partera –observó Rachel, dando con ello un susto casi de muerte a las muchachas, que se volvieron en redondo hacia ella y se estremecieron al ver a la mujer vestida de negro arrebujaada en el rebozo y los mantos que salía de repente de la oscuridad.

–¡La muerte...! –gimoteó Lene.

Annchen, más valiente, sacudió la cabeza.

–Sería la primera vez que el de la guadaña envía a la parienta –se burló–. No, a esta la conozco. Solo es una judía vieja que suele andar por aquí. Incluso de noche... quién sabe, puede que los hebreos prefieran juntarse con brujas.

Enfadada, Rachel se retiró la capucha y dejó al descubierto la cofia, que la acreditaba como mujer decente.

–Los hebreos prefieren cohabitar con sus esposas y crecen y se multiplican como dispone el Padre Eterno –repuso con severidad–. Y cuando este bendice su unión, el hijo no suele nacer en un establo, sino en casa y con la ayuda de una bruja como yo. Y ahora déjame pasar, muchacha, y veré si aún puedo ayudar a tu amiga.

Lene se lamentó de que, a su modo de ver, Rachel hubiese lanzado semejante blasfemia sobre el nacimiento de Cristo, pero Anna –de naturaleza a todas luces más práctica que su amiga– se apresuró a franquearle el paso. A Rachel tampoco le preocupó lo más mínimo, aunque se le hubiera escapado sin querer la alusión a otro nacimiento en un establo. Si había alguien a quien se daba menos crédito que a una judía, era a una ramera. Y seguro que esas chicas tampoco andaban escurriendo el bulto en la cuadra con el permiso de su rufián, que no toleraba damiselas preñadas en su taberna. Así que Lene y Anna debían de haber ocultado allí a su amiga. Sin duda el miedo de que fueran descubiertas era mayor que su fervor religioso.

Rachel dejó su bolsa en la paja y echó una primera mirada atenta a la joven, que yacía sobre unas mantas apestosas e intentaba en

vano expulsar a su hijo. Por un instante, Rachel casi se quedó sin aliento al ver el rostro de la muchacha. Naturalmente, ahora estaba hinchado y lloroso, los labios mordidos por el suplicio. Sin embargo, aún se podía atisbar la belleza angelical que debía de tener la criatura cuando concibió a ese hijo desdichado. Su piel era delicada y ebúrnea; el rizado cabello, de un castaño dorado. Sus rasgos no eran toscos como los de Anna y Lene, sino tan delicados que podría haber servido de modelo para un pintor de madonas. Las manos pequeñas, finas, se crispaban en las toscas mantas cuando su esbelto cuerpo era acometido por una nueva oleada de dolor.

—¡Ay, María, Virgen santísima, madre de Dios!

Fue la chica la que profirió esas palabras. Así que aún estaba consciente, aunque no hubiese dicho nada mientras Anna y Lene hablaban del chorro de sangre que salía de entre sus piernas en lugar de la cabeza del niño.

Rachel la examinó sin pérdida de tiempo.

—Ya podías haber seguido el ejemplo de vuestra madre de Dios —rezongó al hacerlo—. A las vírgenes no les suelen pasar estas cosas...

La chica gimoteó cuando los dolores disminuyeron, pero después pareció reunir todas sus fuerzas y se dirigió a Rachel con suma claridad:

—¡Este no es hijo de ramera!

La muchacha dio la impresión de querer decir algo más, pero entonces los dolores volvieron. Ahora se sucedían con rapidez, pero la bella joven no era capaz de expulsar al niño. Rachel ya había averiguado cuál era el motivo.

—El niño está mal colocado —les explicó a las chicas y a la futura madre, si es que esta seguía en condiciones de entender sus palabras. Tras los últimos dolores únicamente había gemido—. Vamos a ver si puedo darle la vuelta. Pero es tarde, ella se encuentra muy débil. Además, tiene algún desgarro, está perdiendo demasiada sangre. Por cierto, ¿cómo se llama? ¿Cómo te llamas, muchacha?

Rachel se dirigió a la parturienta esperanzada, pero fue Anna la que respondió al cabo.

—Se llama Beatrix, pero no sabemos de dónde es. Se presentó aquí hace unos meses con su lenón, pero el tipo no tardó en fastidiarla.

Se dejó enganchar por Hans el Rojo para que se uniera a su banda y acechar a la gente y robarle la bolsa, pero era demasiado tonto, así que lo colgaron en la plaza delante de todos...

—¿Solo porque robó una bolsa? —inquirió asombrada Rachel, y palpó el vientre de Beatrix en busca de un punto desde el que llevar a cabo el diestro movimiento que debía colocar al niño en la posición adecuada para propiciar su nacimiento. No siempre era posible, pero Rachel abrigaba grandes esperanzas para esa personita delicada y flaca. La posición del niño se podía adivinar fácilmente desde fuera. Si hubiese llegado dos horas antes...

—No, no solo por lo de la bolsa —respondió Anna—. Hans el Rojo antes había degollado a un tipo, y es probable que eso confundiese de mala manera al lenón de Bea, que por lo visto no soportaba la sangre. Cuando llegaron los esbirros, la banda salió corriendo, pero él se quedó allí como un pasmarote, mirando fijamente el cadáver como la liebre una luz y agarrando el cuchillo lleno de sangre. Se lo puso en la mano Hans el Rojo a toda prisa. No sirvió de nada que lo negara.

Anna se encogió de hombros pesarosa.

Beatrix profirió un gemido cuando la asaltaron los dolores de nuevo, pero entonces pareció perder definitivamente el sentido. Había perdido demasiada sangre. Rachel no creía que pudiera salvar a la chica a esas alturas, pero una maniobra brusca hizo que el niño se situase en la posición adecuada. Rachel se enderezó cogiendo aliento y acto seguido se arrodilló junto a la parturienta para recibir al niño. La cabecita que por fin asomaba al mundo era diminuta. De no haber sido porque el niño venía de través, el parto habría sido sencillo. Rachel suspiró. ¿Quién conoce los caminos del Señor?

Tiró con suavidad de la cabeza del recién nacido, haciendo que afloraran también los hombros del pequeño. Con un último aluvión de sangre y líquido amniótico, la criatura vio la luz.

—Es una niña —afirmó Rachel.

—¿Está viva? —preguntó Anna poco menos que asombrada.

—Desde luego. —Rachel cogió por los pies a la pequeña criatura sanguinolenta y arrugada y le propinó unos golpes enérgicos en la espalda, arrancándole un vigoroso grito de protesta—. ¡No tenéis más que oírla!

Hasta Beatrix, en su benévola inconsciencia, pareció escuchar a la niña. Abrió de nuevo los ojos. Rachel vio un azul oscuro, casi molesto, que se llenó de luz cuando la joven madre vio a su hija.

Beatrix parecía querer decir algo, pero no logró proferir palabra alguna. Sus manos hicieron un movimiento torpe que recordaba a una bendición y, acto seguido, su cabeza se ladeó. La joven madre había muerto.

Rachel le cerró los ojos con gesto compasivo.

—Ha sido demasiado para ella —aseveró en voz queda—. Pobre criatura.

La partera no manifestó si con ello se refería a Beatrix o a la recién nacida. Lo sentía por ambas. ¿Qué sería ahora de esa pequeña que había visto la luz en la cuadra de un burdel? Eso si a esa lámpara de aceite turbia podía llamársele luz.

Rachel sacó unos trapos de la bolsa y aseó a la niña. Después envolvió el cuerpecillo con la parte más seca del rebozo.

—¿Quién de vosotras se hará cargo de la niña? —preguntó a Anna y Lene, que miraban desconsoladas el cadáver de su amiga. Lene al menos se había persignado cuando murió Beatrix; Anna, por el contrario, parecía más preocupada por las consecuencias de sus acciones. Cuando encontrara a la fallecida por la mañana, el patrón buscaría cómplices.

—¿De nosotras? —inquirió esta horrorizada—. No pensaréis que podríamos criar aquí a un niño, ¿no? Válgame Dios, de ser así yo también habría podido traer al mundo a mis tres mocosos, pero no fui tan tonta como esa. El de los abortos dijo que aún estaba a tiempo, pero no, ella quería tenerlo a toda costa. Demonio. Para eso es para lo que le ha servido. Y la niña...

—¿Y si la echamos al río? —propuso Lene—. Como a los gatitos. Mi padre siempre decía que no notan nada. Y si la bautizamos antes irá derecha al cielo.

—Y tú acabarás en el infierno por quitarle la vida a una criatura de Dios. —Anna revolvió los ojos ante tamaña necedad—. La dejaremos en la catedral, ahí no irá nadie antes de mañana por la mañana. Y para entonces ya habrá muerto.

—Podría ahogarla la judía —observó Lene—. Seguro que no le importa. Dejarla delante de la catedral es cruel. ¡Se morirá de frío!

Rachel meció a la minúscula recién nacida, que gimoteaba tristemente para sí como si entendiera las palabras de las fulanas. Necesitaba calor y leche, y las únicas personas en las que podría haber confiado su madre solo pensaban en librarse de ella lo antes posible sin que ello tuviese repercusiones graves en su salvación eterna.

—No la he traído al mundo para ahogarla —increpó Rachel a las muchachas—. La madre dijo que la niña no era hija de ramera. ¿Qué pudo querer decir? ¿Hay algún pariente?

Anna encogió los hombros.

—Dijo que estaba casada con su lenón, pero no nos lo creímos. Pero solo entró a trabajar para el patrón cuando el tipo colgaba de la horca. Antes de que se hubiera enfriado, de lo contrario habría tenido que largarse del cuarto de la taberna. No podía pagar el alquiler, y nuestro Heinrich no es de los que hacen favores. En cualquier caso, ella estaba sola con el crío en el vientre... —Señaló a la niña, a la que Rachel sostenía en brazos.

Rachel profirió un suspiro. Todo apuntaba a que tendría que hacerse cargo ella. Si la dejaba en manos de Anna y Lene, la niña no vería la mañana siguiente.

Aun así, Lene ahora se inclinaba sobre la recién nacida y contemplaba su delicada carita.

—Una lástima —musitó—. Pero tenéis que comprendernos. Si nos la quedamos, nos echarán... El patrón Heinrich nos pondrá de patitas en la calle si se entera de que hemos escondido a Bea. Y entonces nos veremos en la calle con la mocosa. Y eso no le servirá de nada a nadie. Y la niña se quedará sin leche.

Eso último no se podía negar. Las muchachas no eran malas; lo inhumano era únicamente la vida que llevaban. La opinión que Rachel tenía de ellas mejoró un tanto, pero eso tampoco era de mucha utilidad.

—Entonces me la llevaré yo —decidió finalmente, aceptando su suerte—. Puede que la deje en un convento.

Aunque no se hacía muchas ilusiones. Primero tendrían que creerse su historia las monjas. Una partera judía que ayudaba a traer al mundo a un niño cristiano en una cuadra de noche, ¡a saber cuáles serían las consecuencias que podía sufrir ella! Rachel solo asistía

a judías; las cristianas contaban con sus propias comadronas, y estas defendían sus prebendas. Naturalmente ninguna de ellas se habría dignado ayudar a una meretriz, ya fuera esta cristiana o no. Pero si Rachel se inmiscuía y para colmo dejaba atrás a una madre muerta... No tenía ninguna gana de acabar esa aventura en una hoguera.

Anna y Lene parecieron visiblemente aliviadas al ver que Rachel se iba con la recién nacida. Seguía lloviendo, y Rachel tuvo que esconder a la niña bajo todas sus ropas y mantos para que no se mojará y acabase muriendo de frío.

En los barrios cristianos se oía ahora el grito del cabo de ronda: habían dado las once. A Rachel la asaltó un sentimiento de culpa: debido al alumbramiento de Beatrix, ¡casi había olvidado a Sarah von Speyer! La parturienta y su esposo estarían esperando con impaciencia. Confiaba en que no fuese un parto tan complicado como el anterior, el de David. Y daba gracias al Señor por que Sarah al menos tuviese a su lado a Al Shifa.